

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID
Un mes 3 pesetas
3 meses 10 pías.—6 meses 19.—Año, 37 pías.
PROVINCIALES
6 meses 10 pías.—Año, 37 pías.
ULTRAMAR, ANTILLAS Y FILIPINAS
6 meses 10 pías.—Año, 37 pías.
Número suelto, 10 céntimos
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle de la Greda, 10, principal

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO
Unión Postal
3 meses 18 pías.—6 meses 35 pías.—Año, 65 pías.
PAISES NO CONVENCIONES
Trimestre, 50 pesetas
Número atrasado, 25 céntimos
A los señores suscritores se les entregará el periódico en su domicilio.
ADMINISTRADOR
D. José F. Brunenque
Calle de la Greda, 10, principal

LA OPINIÓN

LOS ALFILERAZOS

Las penas pequeñas son las que hacen daño; que las penas grandes o matan de pronto o pasan de largo.

(A. FERRÁN.)

¡Qué gran verdad dijo el malogrado Ferrán! Y aunque él no la hubiese dicho ¡qué gran verdad sería esa que él dijo! Si, mil veces sí; las penas pequeñas son las más temibles; bien así como los peores enemigos, son los enemigos pequeños: ni contra adversarios ruines, ni contra disgustos insignificantes, ni contra penas mezquinas tiene el hombre defensa posible. Al enemigo poderoso vémosle desde lejos y apreciamos sus fuerzas; lo cual nos permite calcular las probabilidades de victoria ó de vencimiento y apercibirnos convenientemente para la lucha ó emprender, a tiempo, prudentemente, según los casos. Pero cómo ni por qué huir del enemigo que nada vale y nada puede?

En las verdaderas tribulaciones de nuestra vida, aunque otra cosa se propale por pesimistas hipocóndricos, hallamos casi siempre consuelo en las simpatías ó en la compasión del amigo, del pariente, del debido.

No se me oculta cómo había de ocultarseme lo que hay de ficticio en las muestras de aflicción con que nos acompañan en el sentimiento las gentes, cuando lloramos, es un suponer, la muerte de seres queridos; pero sobre que pueden darse, y aun suelen darse, casos en los cuales alguno de los que cumplen deberes de mera cortesía, sienten con sinceridad nuestro dolor, es lo cierto que aun en ese mismo convencionalismo social hay algo que, si no mitiga la pena, distrae el espíritu y le acostumbra poco a poco a la resignación.

Es evidente que el dolor, el verdadero dolor, inspira siempre consideración y respeto: quién será capaz de burlarse de un hijo que acaba de ver morir a su padre? ¿A quién no hacen sentir las lágrimas de una madre que llora por su hijo? Pero vayan ustedes a solicitar compasión para una contrariedad de las que denominamos pequeñas, y todos se les reirán en sus barbas. Da uno, por ejemplo, en la ridícula manía de ser celoso: pues ya le ha caído la lotería...

«Porque no hay pasión que dé, entre la picaresca gente, más tormento al que la sienta, ni más risa al que la vé.»

Y esto que el inolvidable Ventura de la Vega aplicó, muy oportunamente y con mucha exactitud, a los celos, puede aplicarse, con la misma exactitud y oportunidad idéntica, a todos los disgustos de menor cuantía, que aislados, cada uno de por sí, nada valen ó valen muy poco; pero aglomerados con otros pueden valer más que un disgusto muy gordo; por aquello de que muchas gotas de cera hacen un cirio pascal.

Un desengaño amoroso. *verbi gratia* ¿qué importancia tiene? ¿Quién no lo ha experimentado alguna vez, y aun algunas veces? ¿A quién no afligió, en ocasiones, la deslealtad de un amigo, la traición de una amante, la ingratitud de un deudo, la crueldad de un pariente, la brutalidad de un acreedor inconsiderado y grosero, la desvergüenza de un deudor insolente y cínico, la torpeza de un criado, la sinrazón de una mujer, ó en otro linaje de asuntos—una digestión laboriosa, una jaqueca tenaz, un pisotón en los callos?

Imaginemos un hombre que, en tono melodramático, se lamentase en público de cualquiera de esas desgracias vulgarristas y frecuentes, que de ordinario ocurren a todos y de las cuales casi nadie hace caso, y díganme ustedes, si quieren decirme, ó piénsenlo y no me lo digan, si no nos reíríamos todos del desgraciado.

Pero pongamos ahora el caso, que muchas veces ocurre, de que unas en pos de otras, atropellando cada una a la que le precede y atropellada por las que le siguen, caen sobre un desdichado todas las desventajas mencionadas y algunas otras que he omitido, y habremos de reconocer y declarar que *hay momentos*, *¡Vive Dios!* en los cuales se comprende el suicidio, ya que no se justifique.

Y voy a ponerme a mí mismo por ejemplo y demostración.

Martes era; bien lo recuerdo. No estábamos a *bras*, pero sí a *reñitais*, que son dos veces trece y que debe de ser el día más nefasto del mes; dado que en ninguno de ellos puede hallarse el trece tres veces repetido.

Me convenía, es poco decirse, me era absolutamente preciso ultimar un asunto de dinero con un individuo, amigo mío hasta cierto punto, a quien solo era posible hallar en su casa a primera hora de la mañana; encargué, por consiguiente, a Pedro, un asturiano que me sirve—así lo dice él, aunque yo no lo creo—digo que le encargué muy repetidamente que me despertara temprano y que avisase a la cocinera, a fin de que tuviese dispuesto el almuerzo con oportunidad.

Desperté, como los demás días, cuando el sueño tuvo por conveniente dejarme; y no bien hubo tomado posesión de mí mismo, vinieron a mí memoria las precauciones que en el día anterior había yo tomado, y los negocios que necesitaba despachar en el día presente. Tiré con fuerza de la campanilla, que quedó sonando muchos minutos.

Pedro entró.

«¿Qué hora es?»—le pregunté.

«Van a dar las dos, señorito»; respondió tranquilamente.

De muy buena gana le hubiese ahogado; no lo ahogué, porque no siempre hace uno lo que tiene gana de hacer; al fin y a la postre, la culpa no era suya, sino mía, por haberme fiado en la inteligencia de una especie de avestruz; me resigné, resolví aplazar para otro día la interesante visita proyectada, y pedí el almuerzo.

Este se retrasaba de una manera alar-

mente, en vista de lo cual envié un recado de atención a la cocinera, por si acaso tenía la bondad de abreviar las tramitaciones, y en efecto, al cabo de algunos minutos de espera, se presentó en el comedor, no el almuerzo, sino la cocinera, que, con un tonillo de reconvencción respetuosa, me dijo:

«Señorito, no puedo traer el almuerzo, porque no está hecho.»

«¿No está hecho, a las dos? ¿Pues a qué hora se proponía usted darme de almorzar?»

«Pues mire usted, señorito, a las diez. A las diez en punto me dijo Pedro que tenía el encargo de avisar al señorito. A esa hora, el almuerzo estaba listo y preparado; pero ya conoce el señorito que yo no voy a presentar a las dos de la tarde un almuerzo que estaba hecho desde las diez; estoy disponiendo otro, por lo que le hice antes no le gustará al señorito, ¿no es verdad?»

«Sí—contesté—es verdad. De suerte que ese café, que no se acordó de avisarme a mí para que me levantara, si se acordó de avisar a usted para que hiciera el almuerzo; al cabo, ha procedido como quien es, haciéndolo al revés todo. En fin, ya no tiene remedio; pero como yo no puedo esperar más, renuncio al almuerzo por hoy. Que se coma Pedro mi parte en premio de su estupidez.»

Dije, y cuando bajé a la escalera, en la cual hay ventanas que permiten ver la cocina, vi a Pedro, el cual, riéndose primeramente a carcajadas, y produciendo después ese ruido desagradable que caracteriza la masticación de las personas toscas y mal educadas, decía a la cocinera:

«Dijiste de veras que yo era estúpido? ¿Uso disculpas tú? Tanto da: yo almuerzo dos veces, y él una almuerza ninguna: a ver quién es el más estúpido de los dos.»

Aquella lógica bestial de Perico me humilló a mis propios ojos, y yo, que me encontraba ya mal templado, acabé de echar ese humor de perros que dan las contrariedades, máxime cuando uno está en ayunas a las tres de la tarde. Preparábame a ponerme en la calle; pero estaba de Dios que aquel día nada me saliese a medida de mis deseos; de pronto, y como gato astuto que acecha cerca de menguado agujero y se lanza de un salto sobre inoportuno ratoncillo, así salió de su zaguami el portero de la casa. Es el tal hombre de más que mediana estatura, de barba muy poblada, cejijunto, de ceño adusto y de mirada torva, y contra lo que sus rasgos exteriores hacen creer, muy amigo de cumplimientos y muy en su punto siempre en cuanto se roza con las prescripciones de la urbanidad y de la buena crianza; y es esto, de tal suerte, que su semblante duro y de pocos amigos, y su hablar comedido, casi meloso, forman peregrino contraste; mirando su cara y oyendo su voz, a un tiempo mismo, no hay modo de creer que sus cumplidos sean sinceros; antes los toma cualquiera como sangrientas ironías ó sarcasmos crueles.

«Señor—me dijo colocándose delante de mí, de suerte que me impedía la salida—ahí tengo el recibo.»

Estas palabras me hicieron recordar que justamente una de las principales razones que yo tenía para procurar el arreglo del *asuntillo de maravedises* a que he aludido antes, era la necesidad de *levantar fondos* para pagar ese recibo y algunos otros; renegué una vez más de la torpeza de Pedro, y respondí:

«Lo recogeré mañana.»

Y al propio tiempo le indicé con el ademán que me dejase el paso libre; pero no sé si portero hombre que después de haber disculpado y adobado un discurso, se queda con él en el cuerpo; ¡en seguida! Sin moverse del sitio más que hubiera podido moverse un guardacantón, me favoreció con una de las sonrisas más desagradables de su repertorio, y me dijo:

«Bien, señor, bien; lo mismo da hoy que mañana, ó pasado, ó dentro de hoy. ¡Ojalá que todos los inquilinos fuesen como usted! Yo, por mi gusto, nada le hubiera dicho; pero uno, como al cabo depende de quien depende, no tiene más remedio que obedecer al que le paga.»

Vi, en esto, que abría la puerta del entresuelo, y advertí, mirando con el raballo del ojo, que salía una viudita elegante, alegre y apetitosa, a la cual, en aquel entonces, hacia yo un poco el ojo con algunas probabilidades de buen éxito; cualquiera que se haya encontrado en caso parecido, adivina indudablemente mis inquietudes y mi desasosiego en aquellos instantes.

El portero echó de ver ó no echó de ver mi angustia; pero no me perdonó un solo de sus cumplidos, ni una sola de sus protestas.

«Demasiado sabe uno—prosiguió—quién es cada inquilino y cuál paga y cuál no paga; por mí, aunque tardase usted quince días en pagar; pero ya se ve, el casero es... quien es... y... Dos veces me ha preguntado ya si había usted pagado.»

Yo, cada vez más confuso y más sobresaltado a cada nuevo cumplimiento de aquel *asesino*, sentía sobre mí, aun sin mirar hacia donde ella estaba, los grandes ojos de la viudita *apetitosa*, que debía de cortarse maliciosamente. Disponíame a salir de una manera brusca el hilo interminable de aquella molesta perorata, cuando penetré en el portal, para alivio de penas, el muchacho encargado de cobrar las cuentas de mi sastre.

El muchacho, a quien yo conocía y que me conocía a mí, apenas me vió, sin pararse en barras, ni reparar en viudas, me dijo:

«Aquí traigo esta facturita; dice el principal que ya sabe usted que él nunca molesta a los parroquianos; pero que hoy le vence una letra y necesita *hacer dinero*.»

Yo estaba en brasas y un color se me iba y otro se me venía.

Y a todo esto, la viudita *apetitosa*, a quien, por lo visto, interesaba mucho todo aquello, permanecía clavada en un

mismo sitio, so pretexto de dar órdenes a la doncella, de arreglarse los pliegues de la falda, operación que pudo la buena señora haber hecho en el tocador, de ponerse los guantes ó de recoger su *en-cas*.

«Allá voy ahora», dije, sin saber a ciencia cierta lo que me decía, y empujando violentamente al portero, salí a la calle seguido del muchacho, que desde luego se colocó y comenzó a andar a mi lado como si tratara de no perderme de vista. No tuve más remedio que llegar a casa del sastre, el cual, más cumplido todavía que mi portero—que es cuanto cabe en materia de finura—me pidió mil perdones por la molestia; protesté de que solo la imperiosa necesidad de atender un giro le había obligado a importunarme, me refirió cien historias, a cual más lastimera, de parroquianos que no pagaban nunca, de correspondientes que cobraban siempre, de letras que vencían, de facturas que no realizaba, etc., etc.; ofreciéndome al siguiente día y él vino en ello, anunciándome mi visita, para mayor seguridad.

Día tan agradablemente comenzado no podía tener nada bueno, y en efecto, no lo tuvo: busqué a varios amigos para negocios que me interesaban y no hallé a ninguno; fui a diferentes oficinas, y los ordenanzas, con esa proverbial descortesía de nuestros porteros, me impidieron la entrada y se negaron a pasar recado; llovía a cántaros y no hubo transeúnte que cerca de mí pasase y no me tirase el sombrero con sus paraguas; uno huboque por poco me vacía un ojo, y por añadidura me llenó de improperios; un conocido me invitó a comer en Fornos, y cuando llegó el caso de pagar la cuenta, salimos con la patochada de que había perdido el portamonedas y tuve que costear el convite... volví a casa cansado, aburrido, con el sombrero hecho una lástima, calado hasta los huesos y allí encontré la tarjeta de mi hombre, es decir, que me había de darme los cuartos.

«¿Quién ha traído esto?»—pregunté.

«El mismo señor—contestó la criada.»

«¿A qué hora ha venido?»

«A la hora de comer.»

«¿Y qué ha dicho?»

«Pues no ha dicho nada; esperó como cosa de media hora, y viendo que usted se retrasaba, se marchó; antes estuvo escribiendo en esa tarjeta, y me encargó que se la diésemos a usted así que viniera.»

En efecto, en la tarjeta había escrito las líneas siguientes:

«Carísimo: en algo han de conocerse los ricos; bien se ve que a usted no le corre prisa recibir su dinero. He esperado a usted en mi casa (que es la de usted) dos horas, esta mañana; acabo de escribirle en la suya (que será la mía, supongo) otra hora. En Fornos esperaré hasta las once de la noche. Si no le veo, como mañana salgo de caza con unos amigos, por diez ó doce días, no podremos saldarse esa cuentecilla hasta después de mi regreso.»

Miré el reloj; faltaban doce minutos para las once; no tenía, pues, un instante que perder.

Salí precipitadamente; bajé, de dos en dos, los escalones, y hallé cerrada la puerta; hubo de subir, para que Pedro bajase a abrirla; en esto perdí algunos minutos. Al cruzar la Carrera de San Jerónimo, un tipo muy conocido me detiene.

«¿Quiere usted oír cuatro palabritas?—me dice al oír en tono misterioso. De sobre sabía yo lo que eran las cuatro palabritas, reducidas a pedirme cuatro pesetas.»

«Ni una—respondí, y continué corriendo.»

Pero él, deteniéndome a viva fuerza, me hizo escuchar, *celis nolis*, una historia de lágrimas, cuyo desenlace se reducía a pedirme las pesetas consabidas. Se las di, como quien paga un portazgo, y seguí mi precipitada marcha.

En la calle de Sevilla me detuvieron varias veces: un amigo que me preguntó qué éxito había tenido no recuerdo qué drama estrenado aquella noche (para dramitas estaba yo); un corresponsal que deseaba saber lo que había de cierto en los rumores de crisis; un sietemesino que necesitaba informes acerca de una *instantánea* muy en boga; un... ¡el demonio que se los lleve a todos!... llegué, sin alientos, al café... eran las once y media; mi hombre ya no estaba en el establecimiento.

Varios amigos, a quienes ni yo buscaba, ni quería ver, me obligaron a sentarme con ellos: halláronse demandado y de mal talante.

«¿Qué te sucede, hombre?»—preguntaron a un mismo tiempo.

Intenciones tuve de decirles; pero tropecé con una dificultad: ¿lo sabía yo acaso?... Yo conservaba, eso sí, en mi espíritu, la pesadumbre abrumadora de tantos y tan continuados *afileraos*; sin embargo, en realidad, ¿qué desgracia, que no fuese grotesca, me había ocurrido? Callé, pues, y me despedí, como puse, sin contestar a los curiosos. Me acogi al sagrado de mi lecho de *mozo*, y antes de entregarme al sueño bienhechor, pensé en que al día siguiente volvería a pronunciar un discurso de siempre mi fastidioso portero, y me visitaría el sastre, y me miraría con sus ojos hermosísimos, pero maliciosos, la viudita *apetitosa* del entresuelo... y aquello había de durar aún diez ó doce días.

¡Ah! lector de mi alma, ¿no comprendes que unos cuantos días, parecidos a éste, son más que bastante para matar a un hombre?

Librete Dios, y libreme a mí si fuere servido, de porteros bien educados, de sastres cumplimenteros, de criados torpes, de viudas curiosas, y sobre todo y ante todo, de penas pequeñas. Prefiero decididamente las grandes: esas que, según el cantar gitano, *ó matan de pronto ó pasan de largo*.

A. Sánchez Pérez.

Ecos de Madrid

TEMPERATURA DE AYER

Presiones: 770.5 (San Sebastián) y 758.4 (Cáceres), temperatura máxima, 22.2 (Barcelona); ídem mínima, 13.0 (Oviedo) y 14.0 (Madrid).
Observatorio de Madrid.—Temperatura máxima, 29.0; mínima, 14.0.
Sres. Aramburo Hermanos, Príncipe 12:
8 de la mañana, 18°.
12 de la mañana, 27°.
4 de la tarde, 28°.
Máxima, 28°.
Mínima, 18°.
El barómetro marca 710 milímetros. Variable.

SANTO DE HOY

San Rogelio, San Cornelio, papa, y San Cipriano, obispo y mártir.
Sol: sale a las 5.41 y se pone a las 6.8.
Se gana el Jubileo de las Cuarenta Horas en San Páscual y concluye la novena de Nuestra Señora de la Zozobra, predicando D. Bernardo Barbaño, y por la tarde el Sr. Garzañendi se hará procesión.

POLÍTICOS

Dice con mucha razón *El Resumen*: «Entre los ortodoxos, la confusión no puede ser mayor.»

«Ayer y aun esta misma mañana, hablaban con entusiasmo de la reunión que la plana mayor del partido debía celebrar en los últimos días de Septiembre.»

«Esta tarde todos estos planes y proyectos han venido a tierra; ya ni hay reunión ni quien la convoque, ni se entienden ni saben que hacerse.»

«Por no saber no saben esta tarde de una manera fija el punto en que reside hoy el pontífice.»

Ni si se casa ó no se casa.
La verdad es que los conservadores andan ya casi tan desconcertados como los reformistas; aunque no tanto como los carlistas.

La Fe prosigue discurriendo acerca de la famosa frase del primer Duque de Tetuán, y dice:

«No sabemos si al general se le escaparía la frase en un rato de mal humor; lo que es cierto que D. Leopoldo la lanzó con toda su alma, en vista de la inmundicia liberal que reinaba en el país por aquella época, que, entre paréntesis, no llegaba a la presente, ni con mucho.»

La Fe no sabe si la frase se le escapó al General O'Donnell en un momento de mal humor; pero sí sabe que la lanzó con toda su alma.

Saber es.

¿Pero cómo lo sabe?
La afirmación de que entonces había más moralidad que hoy, como sólo se funda en el dicho del colega, no ha mester más que una negación nuestra.

Cuando *La Fe* intente probar lo que dice, le demostraremos nosotros que hay en el día más moralidad que la que había entonces.

La Fe, además de saber que el General O'Donnell dijo aquella frase de que «España es un presidio suelto, con toda su alma», sabe también que excepto de su juicio a los carlistas.

Más claro que lo que O'Donnell quiso decir, fue esto: *España es un presidio suelto*, en el cual andan libres muchísimos perdidos; la mayoría de los españoles; y unos cuantos bienaventurados: los carlistas.

Verdad es que, más adelante, *La Fe* viene a concretar la acusación del General O'Donnell a los Gobiernos.

Así lo expone en el siguiente párrafo: «Porque no es España la culpable de tener al frente de su administración Gobiernos y empleados que la deshonran.»

A que va a resultar, al fin de la jornada, que el General O'Donnell, cuando llamó a España *presidio suelto*, solamente quería referirse al Gobierno que él presidía.

La Fe, con el escaso respeto que concede a los liberales, vivos ó muertos, es capaz de traducir la frase del Duque de Tetuán en verso, como la de un conocido autor dramático:

«Declaro de varios modos, sin cortapisas, ni vallas, que somos unos canallas.»

¡Ay qué *kel*!

Una burla sangrienta de un periódico mestizo. Dice así el colega:

«El manifiesto del Sr. Conde de París, la próxima llegada del Sr. Nocedal y el regreso precipitado de la corte, han sido los asuntos sobre que han versado las conversaciones en los círculos políticos.»

Poner la llegada del Sr. Nocedal entre los grandes acontecimientos del día, es el colmo de la saña.
Eso solamente lo discurre un carlista.

La Unión Católica prosigue cantando *El Trágico* a *El Siglo Futuro*.

Dice anoche:

«Publicamos el texto latino de la carta de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, mandando al *Boletín Eclesiástico*, de Barcelona, porque este es verdaderamente el texto oficial de la carta de la Sagrada Congregación, y lo acompañamos de la traducción castellana, a fin de que, con su auxilio, puedan comprender todo el alcance de aquel documento importantísimo, estudiándolo en la forma en que fue escrito, aun aquellos menos instruidos en la lengua latina.»

«Además, por el texto latino se ve, aún mejor que por la traducción castellana, que los elogios que en la carta del Sr. Secretario de la Congregación del Santo Oficio se tribuyeron al folleto del Sr. Sarriá y Salvany, quedan limitados a la tesis en abstracto y a los principios generales de la doctrina. Lo demás del folleto no ha podido ser elogiado por la Congregación Romana.»

Es decir, que por sí *El Siglo Futuro* no se había enterado del documento cuando se publicó en castellano, ahora se lo publica en latín.

Y a todo esto, *El Siglo Futuro* aguantao por la buena.

El Mediodía publica un artículo cuyo epígrafe es:

«El principio del fin.»

En ese artículo hay párrafos del siguiente tenor:

«Púsose en manos de los fusionistas las riendas de la gobernación del Estado, por éste ó el otro medio más ó menos acertado, más ó menos lícito.»

Pero, señor; esto significa que no ha sido acertado ni hasta el ejercicio de la regia prerrogativa.

¿A dónde van a parar los reformistas por este camino?

Esto, más que «El principio del fin», nos parece que debería titularse «El fin del principio.»

Del principio monárquico, se entiende.

Al mismo trabajo corresponde el párrafo siguiente:

«Deje, pues, el sitio que no supo llenar a otros hombres de más virtualidad en sus principios de política, de más anchura base, ya que, así amigos como adversarios, piden y la pública opinión lo impone, y no olvide que la gobernación del Estado no es feudo que puede transmitirse, porque si alguna vez ha sucedido, fué una sola, en circunstancias anormales, y ya sabemos el fruto producido.»

Pues, hombre; si como *El Mediodía* dice, y con mucha exactitud, la gobernación del Estado no es feudo que se pueda transmitir, ¿cómo quiere el colega que el Gobierno actual le transmita a otros hombres de más virtualidad y más anchura base?

Ya nos lo explicará el colega mañana.

Un comentario de la *La Fe*, a unas palabras nuestras:

«Se dice, que para *LA OPINIÓN*, Portier, Riego, el Empecinado, Torrijos, Mendizábal, etc., etc., etc., fueron unos peleses, ó unos desdichados que no supieron ser liberales, y que en España no hubo demócratas hasta que vino la revolución, y con la revolución la Era vergonzosa de la república, y con ésta todos los horrores de Alcega, Cartagena y Béjar.»

O el colega ha leído mal lo que escribimos sobre ese asunto, ó no discute de buena fe.

Nosotros no dijimos cómo habíamos de decir tal dislate; que no hubo liberales en España, ni demócratas hasta 1868.

Lo que nosotros hemos dicho y repetimos, es que esas ideas no predominaron de hecho hasta que sobrevino la revolución de Septiembre.

«El verdadero liberalismo, decíamos, no lleva en España cien años de predominio; ni siquiera veinte. Puede afirmarse que las ideas de libertad y de democracia no comenzaron a prevalecer hasta que se realizó la revolución de 1868; y de entonces acá, no todo ha sido liberalismo.»

Sí, los hombres que cita *La Fe* y otros muchos que no cita, la mayor parte de los cuales, mártires de sus creencias, expiaron en el patíbulo ó en el presidio, en el destierro ó en la cárcel, su amor a la libertad, fueron liberales y demócratas; pero sus ideas, los principios por ellos sustentados, no llegaron a prevalecer de un modo estable y casi definitivo hasta que la revolución los llevó a la esfera del poder.

De lo demás a que *La Fe* se refiere, nada hemos de decir.

Excesos lamentables han ocurrido en los últimos años, como en toda revolución ocurren; pero no son los patrocinadores de Flix y Goiriena los autorizados para anatematizar ciertos hechos.

El Sr. Ministro de la Guerra tiene preparados dos decretos, uno relativo a la reorganización de la Secretaría del Ministerio, y otro referente a la creación de tercios batallones en los regimientos, colocando en ellos oficiales de las reservas y depósitos, en términos que, en estos últimos, no quedará más que un número bien reducido de oficiales.

Anoche llegó a Madrid el ilustre hombre público Sr. Becerra, cuyo importante discurso en la Coruña ha producido excelente efecto en nuestro partido. Damos al Sr. Becerra nuestra más afectuosa bienvenida.

La comisión codificadora de las provincias de Ultramar ha celebrado su segunda sesión de esta temporada, y en ella aprobó la exposición de motivos que ha de acompañar a la ley de Enjuiciamiento civil para Filipinas; acordando elevarla inmediatamente a la aprobación del Ministro.

Está plenamente desmentida la noticia que publicó *El Manifiesto*, de Cádiz, reproduciendo la mayor parte de la prensa, referente al abandono de la fuerza que guarnecía las islas Palaos.

El Pueblo, de anoche, publicó la reseña de un *entrevista* celebrado por uno de sus redactores con el extinguido general de Cuba, Sr. González Olivares.

En la imposibilidad de reproducirla íntegra, y hallando lo más sustancial del *entrevista* en un suelto que ayer mañana

publicó *El Imparcial*, reproducimos dicho suelto, cuya versión ha sido calificada de bastante exacta por el mismo interesado. Dice así el original del aludido colega:

«Ayer estubo en el Congreso el intendente dimisionario de Cuba, Sr. González Olivares, é interrogado por muchos periodistas, habló largamente de los sucesos de aquella isla que le impulsaron a renunciar su cargo y embarcarse para la Península. «El Sr. González Olivares reserva para las Cortes, ó por medio de sus amigos, ó por sí mismo si en elecciones parciales obtiene la representación de un distrito, la defensa de su conducta y la exposición de sus agravios. Estos son muchos y muy hondos: los hay de carácter personal, puesto que media una gran confianza y amistad entre él y el Capitán General interino, y los hay que alcanzan a la dignidad del alto puesto que desempeñaba.»

«Afirmó el extinguido general que en varias ocasiones instó al General Marín a girar el común acuerdo una inspección minuciosa a todas las aduanas, seguro como estaba de su competencia y conocimientos en el ramo conseguirían un esclarecimiento difícil a la gente profana.»

«El General Marín fué siempre aplazando este deseo, diciendo que la cuestión del bandolerismo le preocupaba sobre todas y absorbía su tiempo y su atención.»

«Más aún, añadió el Sr. Olivares: que varias veces puso el cargo a disposición del Ministro de Ultramar y pidió que si lo creía acertado enviara otro intendente, fundándose en la baja de la renta de aduanas, hecho que tribuía

por boca de su mismo jefe, que todos los esfuerzos resultarán inútiles y deficientes ó punibles todas las energías. Grande es la satisfacción que, como monárquicos, experimentamos con la llegada de esos nuevos defensores de las instituciones á que conseramos entusiasta culto; pero también nos halaga muchísimo el ingreso en nuestras filas de los que llegan de la democracia á reconocer la jefatura del Sr. Sagasta, porque ven en el partido que este ilustre político dirige la representación más genuina del espíritu liberal y el único que dispone de vitalidad suficiente y de medios apropiados para realizar el programa de beneficiosas y trascendentales reformas que solicita el país.

Partiendo de las impresiones políticas que por la mañana publicó *El Imparcial*, algunos periódicos de anoche se dieron á imaginar todas erie de fantasías, acerca de la salida del Ministerio del Sr. Balaguer, citando diversos nombres para cubrir su vacante. El trabajo de esos apreciables colegas resulta completamente inútil; *El Imparcial* está en su derecho al profetizar modificaciones ministeriales que no han de suceder, sin que los periódicos de oposición logren convencernos de que las palabras del aludido colega deban ser tomadas como artículos de fe.

Nosotros, por el contrario, estamos persuadidos de que la profecía política que publicó ayer *El Imparcial*, ha de correr la misma suerte que otras del propio periódico, y no nos parece muy correcto que se adjudique á éste ó al otro hombre político la cartera de Ultramar, como si se tratara de un Ministerio vacante ó como si se estuviera en posesión de los propósitos del Sr. Balaguer, ó de las determinaciones de la regia prerrogativa. Parecen, pues, que las fantasías de los periódicos de oposición son tan inocentes por su fundamento, como intencionaladas por el objetivo que con ellas se persigue, y juzgamos que cuanto se profetice, acerca de la salida del Ministerio del Sr. Balaguer, es ganas de perder lastimosamente el tiempo.

Algunos periódicos hablaron anoche de una combinación de Gobernadores que consideraban ya cuasi ultimada. Dicha combinación no existe más que en la imaginación de los aludidos colegas. Las dos únicas vacantes de gobiernos civiles que existen, se proveerán en el primer Consejo de Ministros que bajo la presidencia del Sr. Sagasta se celebre, careciendo, por lo tanto, de exactitud cuanto se diga ahora sobre este asunto.

LOCALES

El Embajador de España en París, señor Albareda, obsequió á la familia del Sr. Sagasta antey con un almuerzo. Asistieron el Senador Sr. Armas, el primer Secretario de la Embajada, señor Rica, con su señora, y varios personajes de la colonia española.

La familia del Sr. Sagasta salió anoche para España.

M. Teodoro Lawin, uno de los primeros críticos de la pintura en Alemania, ha descubierto en Carlsruhe una fábrica de cuadros falsificados.

Tan maravillosamente trabajaban los falsificadores, que vendieron, como auténticos, al Museo de Francfort sur le Mein, 61 cuadros falsos de Ruysdael, Van der Meer, Van Delft y Von Ostade.

Esta tarde se ha reunido en el Ayuntamiento la Junta de Sanidad, ocupándose del reglamento de las casas de vacas y de los mataderos de la carretera de Extremadura, que tanto han dado que hablar estos últimos días.

Después de examinar la cuestión detenidamente, se acordó declarar que no tienen dichos mataderos las condiciones de salubridad e higiene necesarias, y por tanto que procede su clausura.

En su consecuencia, parece que serán demolidas las chozas destinadas á esa operación.

También se han ocupado de la célebre cuestión llamada de las mondonguerías; pero sobre esto no han tomado acuerdo alguno.

Ayer conferenció con el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá el Conde de Belascoain, delegado de la Exposición regional de esta corte.

El objeto de la conferencia ha sido rogar á S. I. coopere al mejor éxito del certamen. El ilustre prelado, Sr. Sancha, ha ofrecido que la circular que la junta dirija á los expositores, se insertará en el *Boletín Eclesiástico*.

En la esplanada inmediata á la instalación de la Tabacalera en la Exposición filipina, se verificó ayer tarde el anunciado tiro de flecha y lanza por los igorotes.

Al acto asistió numeroso público.

Es muy probable que el Ayuntamiento obsequie con un banquete en el palacio municipal á los representantes que asistan al Congreso literario.

El viernes último se embarcó en Londres para Quebec un corresponsal de la *Pall Mall Gazette*, que lleva la misión de dar la vuelta al mundo enviando cartas de todas las regiones que recorra.

En ellas deberá celebrar conferencias con los Ministros y personajes más influyentes.

Desde el Canadá irá á visitar los Estados Unidos, el Japón, China, Tonkin, Indias inglesas, Madagascar, Zanzibar y Masahua, regresando á Europa por Egipto.

El Congreso Literario y Artístico Internacional celebrará en Madrid, del 8 al 15 de Octubre próximo, su décima reunión, correspondiente al año 1887.

Las anteriores reuniones se habían verificado en París, Londres, Lisboa, Viena, Roma, Amsterdam, Bruselas, Amberes y Ginebra.

El programa de sus tareas, acordado

por el comité ejecutivo para la reunión de Madrid, es el siguiente:

1. De la uniformidad en cuanto á la duración de la propiedad literaria de todos los países.
2. De la asimilación del derecho de traducción al derecho de reproducción.
3. La lectura en público de una obra literaria, depende, como la representación teatral, del derecho del autor?
4. Las obras del arte arquitectónico, deben gozar de la misma protección que las demás obras de la inteligencia?
5. Del derecho de cita y del derecho de crítica.
6. Del dominio público en materia teatral.
7. Cervantes y su influencia en la literatura de todos los pueblos.
8. Nomenclario de los individuos del comité de honor; elección de los miembros del comité ejecutivo.
9. Proposiciones diversas.

El Gobierno de la República del Uruguay ha dispuesto que desde 1.º de Enero de 1888, los vinos españoles aduenden un 30 por 100 menos de lo que actualmente satisfacen á su entrada en dicho país.

Las horas de despacho en los Tribunales y juzgados de Madrid, desde hoy viernes, serán de doce de la mañana á tres de la tarde.

DOS DÍAS DE LA VIDA DE UN POBRE

Un día del mes de Julio, no importa cuál, sin que tampoco crea necesario decir de qué año precisamente, bajaba á eso de las tres de la tarde, por la Cuesta de las Perdigas, un hombre á paso ligero, á ese paso rápido que admiramos en nuestros marciales batallones de cazadores en los días de desfile, cuando la charanga va contando, á la cabeza del batallón, con la charla más alegre y placentera que se pueda oír, las proezas de los héroicos hijos de España; y los águilas soldados se sienten poseídos de aquel varonil espíritu que hace verídica la exclamación del capitán Alonso Vázquez al terminar la reseña de cada episodio de nuestras guerras de Flandes: «¡Ninguno de los cadáveres de españoles tenía heridas en la espalda!»

No llevaba nuestro hombre charanga que le precediera, ni sonaba ruido cuyo ritmo y compás le obligaran á mover las piernas con la rapidez, regularidad y constancia necesarias para aparecer tamaño como un punto, antes de cinco minutos, á los ojos del prójimo caminero, que á la grata sombra de su casa, bastante curioso para aventurar al sol su brocado cabeza, echaba una mirada investigadora sobre el atrevido caminante que desfilaba al pie á tales horas y hundía sus infatigables pies en el polvo abrasado de la carretera solitaria.

Nada existía para él, fuera del objeto que le impulsaba y del camino que era el medio.

Ni el sol, que parecía haberse metido en el cráneo, según la irritación de sus párpados, las venas de fuego que surcaban sus ojos ansiosos de saltar en el acto sobre los ojos lejanos detalles del horizonte, las abrasadas ventanas de la nariz, cuyas aletas se dilataban á impulsos de un soplo de fuego, y la boca, boca de horno cuya flama había abrasado su aborrecida barba, dejando en la comisura de los labios blanquecina ceniza arrastrada por las llamas del interior; ni los tropezones en que se deshacía los pies, calizados con destrozadas algaratas, ni las moscas y mosquitos que no obstante la escasa sombra que pudiera darles una miserable boina azul, zumbaban en torno suyo como legión de demonios, nada, absolutamente nada, distraía la atención del hombre, tan fija en su objeto como si caminara por el espacio solitario en que holedamente pasean sus olímpica majestades los astros.

Al cruzar el puente de San Fernando, cubierto de espesa capa de polvo, y en donde la refracción acometía á los ojos, no sólo de abajo arriba, sino también por los costados, se procuró con ambas manos dos pantallas; precisamente al pasar frente á la estatua de San Fernando, cuyo manto real de barrocos pliegues dejaba ver sus pies y piernas, que lucen elegantísimas botas de esas con que honestan los pintores de imágenes las femeniles piernas de los ángeles distinguidos. Tan injustificada elegancia cortesana de la estatua de un héroe, sólo se explica por las opiniones artísticas reinantes al hacerse la estatua, cuando se suponía que unas medias, calzón, casaca y peluquín comunicaban á la figura humana tales excelencias; que la sociedad y los artistas comprendían un hombre á quien se le hubiera suprimido la cara, pero jamás ninguno de los antedichos atributos; y el religioso pueblo de Madrid así lo comprendió, puesto que ha descazabado á pedradas al santo dejando intactos los perfiles que le adornan y sus airoosas formas en actitud de ofrecer un ramo de flores de trapo á alguna señorita del pasado siglo.

Al echarse el caminante las manos á los ojos con un movimiento tan natural como el que tiene por objeto defenderlos de una luz demasiado viva, hubiera podido creerse que era por no ver tan patente muestra de la cultura de un artista y de la religiosidad de un pueblo; pero ya sabemos con qué objeto se cubrió los ojos. Seguiremos con él; al salir del puente tomó á mano derecha la carretera que conduce á Madrid. En el punto en que á la izquierda del camino se oye el ruido de una fuente, torció por una vereda que, arrancando de la misma carretera, serpea por entre charcos en que numerosas colonias de ranas esperan silenciosas todos los días, entre empolvados berros, que llegue la hora de saludar con sus cantos á la soledad y á la luna, y cerca de la fuente, sembrada por copudas encinas, más que sentarse, se desplomó sobre el suelo con el cansancio que da una jornada de diez y siete leguas hecha en doce horas.

De las mugrientas alforjas que llevaba al hombre, sacó un sobre, á trechos blanco con la blancura virgen del papel al salir del almácen, á trechos manchado de grasa; sacó de él un papel, y se puso á leerlo con la avidez del que se entra de algo estupendo, y el asombro y aleamiento del que no puede entender lo que lee.

Entonces ocurrió una cosa que hubie-

se extrañado al observador más ducho en los misterios de la vida, y fué el hecho, de que aquella cara de un moreno intenso, poblada de una barba crespas y ruda como la del hombre más primitivo, cuyos rasgos acusaban dureza de corazón y el desdén más estético de las debilidades humanas, reflejara de pronto una consternación mayor de la que fuera capaz la mujer más pusilánime.

Sus robustas y callosas manos, apenas sostenían el peso del papel, sus robustos y vellosos brazos, acostumbrados á arrancar á la tierra sus entrañas en las tinieblas del túnel en que trabajaba, temblaban entre las mangas de su blusa, y el dolor y la consternación que desprendían de rocas y voladuras temerarias no habían logrado ver pintado en su rostro impávido y varonil, comunicaban ya á sus ojos la exaltación de la locura, cuando de entre sus pestañas empolvadas, que perlaban los desencajados ojos con curvas cenicientas, brotaron las lágrimas; tapóse entonces la cara con el papel y acabó de caer sobre el suelo, como aplastado bajo el peso de invisibles y omnipotentes iras.

Rugía como león herido, y nunca atléticas formas y agudos dolores pudieron recordar mejor la antigua fábula de Prometeo.

Un porquero que acertó á pasar conduciendo sus cerdos por entre los fangales que rodean la fuente, no pudo menos que exclamar en voz alta:

—¡Buena pitima tiene el amigo; y es llorona!

La carta recibida en Chapinería, de donde era natural nuestro hombre, dos días antes, había llegado aquella mañana á su poder, cuando la cuadrilla de que era jefe se disponía á sumergirse en las tinieblas del túnel, que se abría en una de las estribaciones del Guadarrama.

Era una de esas cartas que en la primera lectura engañan al corazón, que no puede pasar porque seeren ciertas las desgracias que insinúa. Leerla y salir disparado para Madrid, todo fué uno; cerca de la fuente, el cansancio y la sed le obligaron á desviarse un momento, y antes de beber quiso persuadirse de que la enfermedad de su hermano no sería tan grave como él había supuesto; pero en su segunda lectura vio tales cosas entre rengiones, que el soplo de muerte que había agostado aquella queridísima existencia encendió su corazón en rabia impotente primero, y después lo anonadó, porque la brutalidad del destino, que no respetó la vida de la santa mártir, único apoyo de una niña, era la injusticia más inconcebible para un corazón sencillo y amante.

Su hermana, cuyo cadáver veía ahora con los ojos cerrados, porque indudablemente debió haber muerto ya, aparecía á intervalos ante su vista, joven, graciosa y alegre, cuando en el mesón de la plaza, propiedad de sus padres, vivían todos en esa relativa abundancia de los pobres que no conocen muchas necesidades, y en familiar armonía gracias á la mágica intervención de una muchacha de catorce ó quince años, de esas que poseen el don de reflejar en cuantos les rodean esa bondad cariñosa, que siempre, y más cuando destella de una cara de rosa, amansa y domestica á la fiera humana. Después murieron los padres, y él dispuso la pequeña fortuna, desgarrando diariamente el buen corazón de aquella hermana, que no pudo hacer más que dilatar la catástrofe.

Por último, su hermana se casó con un escribiente del ayuntamiento; salió todo un novio, la imposibilidad de entenderse con su cuñado, y el temor que le inspiraba le hicieron huir á Madrid, en donde acabó por abandonarla villanamente. Entonces al sentirse sin el apoyo de aquel cariño, habido sin su brutal ruidosa invasión de nuevo el corazón; la fiera domesticada que vuelta á las selvas praeda de una vez cuanto el domador le enseñara con amor, paciencia y tiempo.

Comenzó por desdénar las satisfacciones que el buen porte y la decencia nos dan, y como no tenía oficio y le sobraba corazón, pronto vió su natural enemigo en la sociedad hipócrita, que jamás perdona la osadía del que se atreve á despreciarla cara á cara. ¡Qué diferencia entre aquel joven apuesto estimado de todos y el actual rudo trabajador! ¡Qué felices días aquellos en que su hermana determinaba hasta las prendas que él había de vestir! Alguna vez había intentado buscar una mujer parecida á su hermana; pero, ¡quién! ¡la había! Además, ya era tarde; una hosquedad de oso que había envuelto para siempre en rudeza y miseria su noble corazón, impedía que nadie pudiera concocerle ya en adelante; quería seguir á su hermana, se levantó de un salto, cesaron sus lágrimas y recomenzó la rápida marcha en dirección de Madrid, en busca del cadáver de su hermana, y de su propia muerte que había decretado.

Casi todos los que aquella tarde salieron de Madrid por la carretera del Pardo, tuvieron que fijarse en un hombre alto y fornido, de esos de quienes se dice que tienen trazas de presidiario; imponía verdaderamente por sus ademanes descompuestos, por su robustez, y sobre todo, por las miradas de odio que dirigía en torno suyo, y ninguno de los que tuviera la mala fortuna de encasarse con él y ver su frente y sus cejas encrespadas, como los acantilados de esas rocas solitarias que en las desiertas playas desfilan el poder del mar, y sus ojos sangrientos como de fiera carnívora, dijo, si las llevaba, de echar mano á sus armas para defenderse ó de sentir ante su presencia miedo y odio á la vez; hasta hubo alguno que después de pasar á su lado se volvió hacia él calculando con ademán vengativo y resuelto las probabilidades de hacer blanco con su revólver de reglamento en aquella cabeza odiosa que indudablemente iba preñada de fatales sombras.

En dirección contraria á la suya seguían el camino las carretas de carboneros y leñadores que á esas horas salen de Madrid, de vacío, en dirección de los pueblecillos de la sierra, envueltos en una impenetrable nube de polvo que ensucia y entristece las frondosas alamedas de la Florida y los Viveros. El lento cencerrear de los tardos bueyes, permite adivinarlos entre el polv.

El ruido de carretas, cencerros y gritos de conductores pudiera haber evocado gratos recuerdos en un alma serena, no en la de nuestro caminante, á pesar de que en su niñez lo oyera siempre en su pueblo mezclado al grato rumor del viento en lejanas arboledas, al mugir de las vacadas y los repiques de la campana del lugar, cuyo timbre jamás se olvida. La relativa frescura y magnificencia de los Viveros; las alegres músicas de los

organillos, á cuyo són bailan todas las tardes del año turbas de gente alegre; las guitarras de los ciegos que desde San Antonio de la Florida en adelante suelen alegrar los lavaderos; las pandillas de niños que, con sus juegos, pudieron recordarle otros tiempos; todo pasó desapercibido para el hombre terrible.

En la puerta de San Vicente derribó el puesto ambulante de una viejecita, que no pudo menos de afirmar á voces que aquel hombre llevaba el demonio en el cuerpo; al subir la cuesta de las Vistillas arrolló á varias lavanderas que no despegaron pronto el camino, y los perros, que conocen muy bien ciertas cosas, se congregaban en gruesos pelotones para ladrar desde lejos al hombre fantasma que siguió rígido como un autómatas por la travesía de las Vistillas, atravesando la Carrera de San Francisco hasta embocar en la calle de Calatrava.

Eran las siete y media de aquella tarde de Julio, hora en que el calor era asfixiante y en que las inmundicias de antiguo depositadas en el lecho arenoso de este arroyuelo que hemos convenido en llamar río Manzanares, exhalaban sus miasmas más mortíferos, que, mezclados con los h-diondos vapores de innumerables ropas puestas á secar, con el polvo de las rondas y el espeso humo de algunas fábricas, subían ladera arriba impulsados por un viento perezoso, cómplice de los miasmas. Estos invadían las viviendas, los bronquios de los desdichados vecinos y hasta la última vesícula aérea de sus pulmones, dejando las huellas del maldito contacto en las caras generalmente lividas, en la apariencia grisenta de los papeles de las habitaciones, y en los lamparones herpéticos que parecían ostentar las fachadas de las casas pretenciosas y miserables.

Los habitantes de la sucia calle de Calatrava, tirados en las aceras, de pie formando grupos, ó sentados sobre el suelo inmundo, aunque relativamente animados, víctimas de la complicitad del sofocante calor y de los miasmas que los tenían como narcotizados, no presentaban ni con mucho la animación característica del pueblo de Madrid. Iba la noche formándose en el fondo de la calle acorillada por las todavía escasas luces de los escaparates, que adquirían una apariencia vaga y fantástica, envueltos en la densa niebla que parecía haberse propuesto acabar con todos los habitantes del barrio. Los muchos trapos puestos á secar en ventanas y balcones, adquirían en la semisombra que mataba más sus colores un aspecto repugnante pregoneiro de mil dolencias. El cielo, bajo y plomizo, parecía descansar sobre los tejados.

En esta calle, titubeó nuestro hombre; hizo varias preguntas, dejando á todos con ganas de saber quién sería, y al cabo tomó escalera arriba de una casa de muchos pisos. Al llegar á la bohardilla, varias mujeres, que para estar sufriendo el horrible calor que allí se sentía, tendrían poderosos motivos, exclamaron á una: ¡su hermano!

Una de ellas trató de estorbarle el paso, pero al fijarse en su cara, temió como ante un aparcido; él pasó entonces, tembando que agachase para recorrer el piso, estrecho é inmundo pasillo, y mucho más para entrar en la bohardilla, por cuya puerta se desbordaba viva luz de cielos.

En el centro de la miseria bohardilla, tan calurosa, que convenía á lectores, que visitárais algunas, de los militares que como aquellos existían en Madrid, para aborlpor vosotros mismos, pues tememos que creáis que exageramos; y para que muchos os espantárais ante las angustias diarias de infinitos hermanos nuestros, yacía un cadáver; lo que deja en la tierra el pobre después de una vida de martirio, la visión del desdichado hermano de Rosario al leer, segunda vez, la carta fatal.

Muchas cosas ocurrieron después; pero lo que hace al caso, y os sorprenderá agradabilísimamente, es que, en vez de daros pelos y señales de un disparate que el hermano de Rosario estuvo muy á punto de cometer, os diga que á las ocho y media de la noche formaba en un grupo cerca de San Antonio de la Florida. Los que le acompañaban eran hermanos de una cofradía á que Rosario pertenecía.

—Váyase usted con su sobrina—decía un viejecito—si viene el padre, se la llevará, se la dará la ley, se la entregará á su querida, y va ve usted qué porvenir espera al angelito.

Momentos después, recorria en sentido contrario el camino que trajo por la tarde, llevando en brazos un bulto, y antes de las nueve entraba en un ventorro preguntando:

—¿Hay algo de comer para esta niña?

—Para esa niña—contestó la ventera—hay lo que para mis hijos. Y diciendo y haciendo, la sentó en torno de una mesita en que cenaban hasta cinco niños, el mayor de los cuales no tendría diez años.

La niña, de unos tres años, era rubia, rubia blanca, y preciosa como un querubín y con unos cabellos rizados, que daban ganas de besarlos como á cosa bendita.

Nuestro hombre se fué á un rincón á comerse el pan con vino que pidió y recatarse de las miradas de todos, pues desde que sintiera sobre su pecho á la tierna criatura, sus ojos eran dos ríos de lágrimas.

A eso de las once, de aquella noche calurosa, debajo de uno de los ojos del puente de San Fernando, pudo ver un visionario, un amante de la naturaleza, lo mismo cuando el sol la revela en toda su magnificencia, como cuando la noche la envuelve con sus tinieblas, pudo ver á un hombre atlético, fornido, sentado sobre un pedrusco, apoyada la espalda y cabeza en el muro, sosteniendo en sus brazos protectores un niño, con la cabeza cubierta con boina azul.

La luna clarísima inundaba el interior, describiendo el arco del puente un cuarto de disco sobre el cóncavo muro. Donde más viva era la luz, se hallaba tan rano grupo.

La cresta cabellera del hombre, su recia é inculta barba, una manecita del niño, regordetilla y mórbita; las recias piernas que le servían de cuas; los anchos pies, que se veían sangrar, nunca vio el visionario cuadro semejante, en que el valor y la fuerza, protegiendo á la inocencia y la debilidad, llamaron sobre sí las bendiciones de Dios y de los hombres.

Cómo reconstituyó su vida nuestro hombre, tomando por base el amor de su

niña, para cuya existencia él era necesario, no lo diré yo aquí; baste saber que á esa solemne hora de la madrugada, en que la creación parece prosternarse, silenciosa y humilde, para recibir la nueva aurora, llegaba en su dorado sueño al punto en que la niña, que era el propio retrato de su hermana, aparecía á los ojos de todos como un ángel, por su belleza y por su virtud; como su hermana, exactamente igual que su hermana, y que él era un pequeño propietario en su pueblo, y la vida pasada un recuerdo triste.

Después, súbitamente se extendió sobre la tierra un día sereno y apacible, y cuando abrió los ojos creyó ver vagar en la dorada luz, brillantes y fantásticos seres entre los cuales aquella hermana tan amada le sonreía como en los tiempos más felices.

Levantóse, siguió su camino, y raro era el caminante que no le daba los más cariñosos buenos días.

El peón caminero del día anterior, estaba á la puerta de su casa con las herramientas al hombro y también le saludó:

—Buenos días, amigo, ¿dónde se va con esa niña tan preciosa?

—Es mi hermana, digo, no, es mi sobrina. La llevo conmigo para siempre.

—Dios quiera que la vea usted pronto criada, y que sea buena, dijo la mujer del peón.

—Con que sea como su madre me contento.

—Pero hombre, entrése usted aquí hasta que pase la diligencia, porque pronto hará un calor que la niña no podrá resistir.

Y así lo hizo.

Francisco Alcántara.

EXTRANJERO

Raya en monomanía el afán que se ha apoderado no solamente del Gobierno, si que también del pueblo francés.

En todas partes creen ver espías alemanes tomando apuntes, levantando planos, consagando á los oficiales, siguiendo paso á paso todos los movimientos del ejército, y en una palabra, enviando á Berlín todos aquellos datos y noticias que puedan ser útiles el día que se declare una nueva guerra franco-alemana.

Esta monomanía llega ya á lo ridículo. En el teatro de las operaciones donde el ejército está llevando á cabo la famosa movilización, los agentes de la autoridad están haciendo la triste figura y molestando á todo el mundo sin razón alguna que lo justifique.

Los corresponsales de los periódicos parisenses envían diariamente telegramas y correspondencias dando cuenta, hasta en sus más insignificantes detalles, de todos los movimientos efectivos por el ejército, y por lo tanto la supuesta tarea de los espías extranjeros sería perfectamente inútil.

Anteayer y durante las maniobras de Villavary, más de doscientas personas han sido invitadas por los agentes de la autoridad á que justificasen su identidad sin que los desdichados agentes encontrasen lo que buscaban.

Un sargento del cuerpo de Seguridad oyó que un individuo le llamaba á otro coronel, y sin encomendarse á Dios ni al diablo cogióle fuertemente del brazo y le preguntó, con aire brusco, quién era. El interpelado exhibió su pasaporte, resultando ser el coronel Ceresole, expresidente de la república helvética; el individuo que le había llamado no era otro que el Sr. Sarrazin teniente coronel de Estado Mayor.

A otro individuo redujeron á prisión los agentes de la autoridad, entregándolo después al Procurador de la República, por el sólo hecho de haberle sorprendido tomando apuntes. Este sujeto, natural de Austria, y corresponsal de un periódico de Viena, ha protestado enérgicamente contra un acto tan inculcable, manifestando de paso que reclamaba daños y perjuicios por los días que permaneciera detenido.

Ya conocen nuestros lectores lo acaecido á nuestro compatriota D. Genaro Alas.

Pero esto no es todo; preocupados los polizontes porque no han acertado á echar el guante á ningún espía alemán, han dado en decir, y de ello se ha hecho eco el vulgo, que el Estado Mayor general alemán no ha mandado ningún espía para presenciar las operaciones, pero que, en cambio, varios periodistas extranjeros, comprados por el Gobierno alemán, envían todos los datos apetecibles á Berlín, como que falte ni el más insignificante detalle.

Como ven ustedes, tengo razón al decir que la monomanía de estas pobres gentes raya en lo ridículo y provoca la risa, ya que no otra cosa.

Es difícil saber, según dicen de Londres, la verdad sobre lo ocurrido en Michaelstown.

La versión que da la policía, es enteramente contraria á la facilitada por Mr. La-bouchere, Dillon y otros.

Michaelstown no es más que una aldea, pero los paisanos de los alrededores de Cork y de Tipperary, en número de siete u ocho mil, se dirigieron allá. El meeting se hubiera verificado sin ruido alguno, sin el exagerado celo del capitán Sengra-re, comandante del distrito. La batalla comenzó á consecuencia de la llegada de un reporter oficial, que escoltado por los contables quiso llegar hasta el coche que servía de tribuna á Mr. Dillon. Los reporters oficiales son excomulgados en Irlanda, porque el Gobierno inglés se apoya en sus notas cuando intenta un proceso contra algún jefe de la Liga. El público que que oía á Mr. Dillon no quiso abrir paso al desgraciado reporter, y la lucha comenzó á bastonazos. La policía tuvo que batirse en retirada, lo que la puso furiosa, y alegando el derecho de legítima defensa, hicieron fuego sin las intenciones legales.

La información abierta dará á conocer quiénes son los responsables de lo sucedido, pero nadie duda de que es el principio de una guerra sin cuartel entre los irlandeses y Mr. Salisbury.

La cuestión palpitante, la que ocupa hoy la atención de todas las cancillerías europeas, es la aparición de un libro sobre la cuestión romana, en el que se analiza la carta escrita por León XIII al Cardenal Rampolla.

Dicho libro se divide en dos partes principales: la primera oponiendo un *non possumus* á toda clase de proposiciones que pueda hacer el Quirinal y que no estén inspiradas en la más estricta justicia, titulado: *Las imposibilidades*; y la segunda estableciendo la necesidad de dar una amplia satisfacción al Papado titulada: *Las necesidades*.

Este libro está llamado á dar mucho que hablar, y será objeto de refida discusión en la prensa.

Un periódico inglés, la *Saturday Review*, opina que el Gobierno debe continuar la política que inauguró hace ocho días en Irlanda. Según el diario conservador, es necesario disolver todos los *meetings* en los cuales se excite al pueblo á violar la ley. Cuando se haya hecho comprender á los labriegos que la ley es más fuerte que la Liga nacional, que serán bien recibidos los que se arrepientan de haber obrado mal, pero que no hallarán perdón los obstinados, los malhechores no podrán hacer nada.

El *Economist* confiesa que la conducta del Gobierno será discutida con violencia. Pero en una lucha como la actual, en la cual la derrota del Gobierno significaría la anulación de la ley, es necesario de toda necesidad que el Gobierno no sea vencido, y para que no lo sea, tiene que echar mano de todos los medios de que dispone.

Un Gobierno que utiliza las tropas para que su fuerza ampare la ley, incurre evidentemente en grave responsabilidad, pero ésta debe aceptarse en circunstancias determinadas.

Desmintiendo los rumores que han corrido en París sobre la emisión de un empréstito, dicen los periódicos de París que el Gobierno estudia al presente varios proyectos económicos, pero que aún no se ha decidido por ninguno, y que, por lo tanto, carece de fundamento cuanto sobre el particular se dice.

TELEGRAMAS

(De la Agencia Fabra)

EL MANIFIESTO DEL CONDE DE PARÍS

Ya se conoce el Manifiesto del Conde de París. Tiene por título «Instrucciones dadas á los monárquicos.» Comienza hablando de la superioridad del régimen monárquico sobre el republicano. Dice que la inestabilidad de éste esteriliza todos los esfuerzos para restablecer el orden y la Hacienda, y además contribuye al alejamiento de Francia de Europa. Manifiesta que en todas partes la facción triunfante oprime á los ciudadanos.

«Nadie—prosigue—confía en el día de mañana. Los monárquicos no tratan de derribar al Gobierno, porque los Gobiernos caen siempre por sus propias faltas. Debemos, sin embargo, prepararnos para recibir la herencia.»

«Es preciso tranquilizar al país sobre la transición de un régimen á otro, la cual puede efectuarse legalmente por el sufragio universal.»

«El Congreso de Versalles proclamó la República perpetua, pero otro Congreso puede anular lo hecho por aquél.»

«La Monarquía no hará política retrógrada.»

«El verdadero régimen parlamentario, con los tres poderes del Estado, reemplazará al parlamentarismo republicano, del cual está disgustado el país.»

«El Rey gobernará con el concurso de dos Camaradas.»

«La nueva Monarquía sabrá satisfacer las necesidades conservadoras y el sentimiento de igualdad.»

«La Monarquía enaltecerá pacíficamente nuestra situación en Europa.»

«Gracias á ella, nuestros vecinos nos respetarán y nos buscarán.»

«Tendrá la autoridad necesaria para tratar con las potencias, á fin de que simultáneamente se disminuyan las cargas militares, que arruinan á la vieja Europa, en provecho de otras partes del mundo.»

«La Monarquía concederá protección á todos los cultos; restituirá á los Ayuntamientos en el régimen escolar la independencia de que les ha privado una legislación tiránica, y devolverá á Francia la libertad de la educación cristiana.»

«Así restablecerá la paz religiosa y la paz social, turbada por las excitaciones actuales.»

«Los hombres nuevos conservarán la influencia legítimamente adquirida.»

«El mantenimiento del sufragio universal para todas las funciones actuales electivas, es una garantía de ello.»

cía tuvo conocimiento de él y pudo telegrafiarlo antes de que saliera a luz.

Los periódicos de la mañana se ocupaban de él para convenir en que equivale a un fracaso para la política del actual Gabinete.

El periódico L'Autorité, dirigido por Cassagnac, y órgano de los bonapartistas, se expresa en estos términos:

«La antigua Monarquía adopta los principios del imperio. Golpe es éste, del cual no volverá a levantarse la República».

El manifiesto ha producido deplorable efecto en la Bolsa, que anteayer a última hora mostraba mejor tendencia. Casi todos los fondos se han presentado en baja. El 4 por 100 exterior español que cerró anteayer a 67.75, abrió ayer a 67.68 y bajó luego a 67.56.

En todos los círculos no se habla más que del manifiesto y todo el mundo conviene en que ejercerá gran influencia en la política francesa y tal vez en la internacional.

«El manifiesto del Conde de París ha disgustado a los monárquicos puros, que no aceptan el sufragio universal».

Los blancos de España, o sean los partidarios de la casa de Anjou, dicen que el manifiesto demuestra la razón que han tenido de permanecer alejados de la casa de Orleans, que acepta el liberalismo moderno.

Los bonapartistas están divididos. Los intrasigntes truenan contra los monárquicos.

Los ministeriales quieren quitar importancia al indicado documento, pero es evidente que éste ha encontrado una gran resonancia dentro y fuera del país.

Muchos republicanos dicen que el Conde de París les ha arrojado el guante y que el partido republicano debe esperar un movimiento de concentración para recogerlo y salvar a todo trance las instituciones porque se dirige la sociedad francesa.

«Se cree que el Gobierno francés aprovechará la primera ocasión favorable para contestar indirectamente al manifiesto del Conde de París, explicando la política que en vista de dicho documento se propone seguir en la próxima legislatura».

RUMORES DE UN DESAFÍO EN WASHINGTON

El periódico el Herald, de Washington, dice que en los círculos diplomáticos de aquella capital circula la noticia de que el Sr. Ordóñez, Ministro de España en Guatemala, ha sido desafiado por el Sr. D. Emilio Correa, director de la Academia militar de aquella República.

Añade que la causa que alega Correa es que el Sr. Ordóñez se ha inmiscuido en asuntos de política interior de Guatemala; que el Sr. Ordóñez se ha negado a aceptar el reto, fundándose en que su posición no se lo permite, y que los partidarios de Correa dicen que el Gobierno español debe autorizar a su Ministro para que se bala.

Hay que acoger con reserva esta noticia, en vista de lo preposos que son los periódicos norteamericanos a propalar noticias que directa o indirectamente puedan perjudicar a España.

EL MATRIMONIO DEL SR. CÁNOVAS

Los periódicos de París dicen que nada hace prever para una fecha próxima la celebración del matrimonio del Sr. Cánovas, anunciado por los periódicos de Madrid.

«Algunos amigos del Sr. Cánovas, dicen que nada saben respecto de su próximo matrimonio, de cuyo rumor se han hecho eco varios periódicos».

El jefe del partido conservador español continúa en Alemania.

LA CUESTIÓN BÚLGARA

Un periódico de Rústchuk, titulado El Búlgaro, dijo que el Consol alemán en aquella ciudad fue llamado por su conducta incoherente.

En vista de esto, la Embajada alemana en Constantinopla dirigió una nota a la Sublime Puerta, en calidad de soberana de Bulgaria, pidiendo una satisfacción, a pesar del desmentido publicado luego por dicho diario.

La Puerta ha dirigido una nota al Gobierno de Sofía sobre el particular. Se asegura que consecuencia de este incidente, el Sr. Mauff, Prefecto de Rústchuk, ha sido destituido, el periódico El Búlgaro suspendido, y su editor entregado a los tribunales.

A consecuencia del incidente del Viceconsul de Alemania en Rústchuk, an-

teriormente telegrafiado, el Embajador de Alemania en Constantinopla, ha pedido autorización a la Puerta para que permita el paso por los Dardanelos, de tres buques acorazados, que en caso necesario se presentarán delante de Varna, para defender los intereses de Bulgaria.

BAÑOS Y VERANEO

Ha llegado a Madrid, con objeto de pasar aquí una temporada, la señora del Capitán General de Valencia, Sr. Azcárraga, acompañada de sus bellas hijas, la mayor de las cuales, Margarita, fué recientemente proclamada reina de los Juegos florales de la ciudad del Cid.

También han regresado de sus expediciones veraniegas los Barones del Castillo de Chirel, Condes de Arzar Collar, Duques de Valencia, el exembajador de España en Roma Sr. Cárdenas (D. Francisco) y familia, brigadier Sr. Cárdenas del Castillo (D. Máximo), y los señores Martínez Alcubilla, Escrivá, Bustamante, Luengo, Cedrón, G. Trelles, Cánovas del Castillo (D. Emilio), Espinosa, Clemente, Suárez y otras personas conocidas.

La Marquesa de los Arenales ha llegado a Biarritz.

Los Sres. Condes de Superunda, que se hallaban en el Real Sitio de San Ildefonso, han marchado a su casa de Avila.

Hoy salen para Asturias los señores D. Adolfo Bayo y D. Enrique Parrella.

Según dicen de Alhama, la segunda temporada de este balneario se halla más animada y concurrida que en años anteriores, a lo cual contribuye, además de lo esmerado del trato, lo delicioso del sitio y lo suave y agradable de la temperatura. En la actualidad se hallan en estos establecimientos los Sres. Conde de Cheste, de Gavia, de Valdelagrana, el Duque de Almenara, las señoras de Pérez Zamora, Muruve, Diz Romero, Prats, Ibarra, Cruz, Echegaray, Pons, Puerta y otras muchas de Madrid, Sevilla, Cádiz, Zaragoza, y los Sres. Morales Diaz, Lastres, Uragón, Muñoz, Garay, doctor Vidal, Echegaray (D. Eduardo) y otros.

Son esperados el General Quesada, el Alcalde de Madrid y otros muchos, en estos días en que la demanda de habitaciones es numerosa.

La temporada oficial termina el 30 de Septiembre, época en que regresará a Madrid el doctor Taboada, director de estos establecimientos.

En el próximo y pintoresco pueblo de Pozuelo de Alarcón hay actualmente reunida una verdadera colonia madrileña, pues allí hacen su última etapa de estío muchas personas de esta corte al regresar de baños, sin perjuicio de las que en los lindos hotelitos y chalets de la población pasan toda la estación de los calores.

Al presente residen en Pozuelo las familias de Cabezas (D. Rafael), Aparici, Venancio Vázquez, Sepúlveda (D. Francisco), Franco, Teresa del Río, Perfecto, Martínez, López Aguirre, Peña, Selán, Álvarez, Jiménez, Grau, Ricardo Díaz, López (D. Juan de Dios), Díaz, Bryant, Parrella, Mumbert, Aguado, Trivello, Sra. de Torres-Pardo, Trevilla, Foncuberta, viuda de Rivera, Telada, Mr. Reed, director de La New York, con su señora, y otras personas que no recordamos.

El elemento joven obsequió el martes a las señoras con un baile en el teatro, al cual asistieron todas las muchachas bonitas y la colonia entera. La fiesta fué tan animada como brillante, luciendo elegantes toilettes lo mismo las señoritas de la localidad que las madrileñas.

PROVINCIAS

En Valencia fué villanamente asesinado el vigilante del camino del Grao, que presta sus servicios en la barriada próxima al Ovalo.

El muerto es licenciado de la Guardia civil y ejercía el cargo hace poco tiempo.

Según noticias, en la noche de ayer se ha fugado de la cárcel de Villoldo (Palencia), el preso de tránsito Alvarado Fernández Iglesias.

Participan de Alsásua, que en el kilómetro 530 de la línea del Norte, fue hallado en la madrugada de ayer, sobre la vía, un guarda freno del tren con fractura de los dos pies y varias heridas en la cabeza, de

las que fué curado en dicha estación, siendo enviado a Irún en el expreso núm. 3.

En el pueblo de Cubell (Lérida), se incendió un pajar el día 11, sucediendo en segunda la Guardia civil y el vecindario, logrando no se propagase a otros que estaban inmediatos. Fué detenido el vecino de aquel pueblo Juan Marens, como autor del incendio.

GACETA

La de hoy contiene las siguientes disposiciones:

HACIENDA.—Real orden revocando un fallo de la junta arbitral de Portbou, reclamado por D. José Herrero, acerca del aforo de una partida de abanicos de concha.

Otra disponiendo que se rectifique el aforo de una especie de cinta de algodón, formada por hilos adheridos por medio del apresto, presentada al despacho en la Aduana de Barcelona por D. Francisco Pérez.

Otra designando la partida del arancel a que ha de sujetarse el aduano de calzado, de que ha presentado tres muestras la casa Robey y Compañía.

Otra resolviendo que se establezca definitivamente en Puente de Ojedo, una Aduana de 1.ª clase con la habilitación señalada en las Ordenanzas del ramo.

Otra fijando los términos en que ha de redactarse el párrafo décimo de la disposición 4.ª del Arancel referente a las prendas de tejido de punto.

Otra declarando caducada una carga de justicia que figuraba en los presupuestos del Estado a nombre del Conde de Villasmara.

GOBERNACION.—Real orden confirmando de un acuerdo de la comisión provincial de la Corona que declaró la validez de las elecciones municipales celebradas en el mes de Mayo en Oleiros.

POBLO.—Reales órdenes aprobatorias de obras que han de ejecutarse en el Colegio de sordos-mudos y de ciegos en el pósito de la Basílica de Avila, y en las dependencias docentes de la facultad de farmacia de la Universidad de Barcelona.

Otra aprobatoria del programa para los exámenes de ingreso en las escuelas de comercio.

GRACIA Y JUSTICIA.—Real orden jubilando a su instancia al registrador de la propiedad electo de Rámbra, D. Manuel Ochoa Jáuregui.

Otras nombrando registradores de la propiedad de Peñacortá a D. Vicente Palares Sánchez, y de Pola de Llerio a D. José Villamil Fernández Cueti.

Otras nombrando registradores de la propiedad de Heuelmas, Caldas de Reyes, Belchite, Atienza, Ordenes, de Ibaiza, todos de cuarta clase, a D. Juan Godoy Ramírez, don Marcial Carballido Bugayar, D. Juan Leyra Oliver, D. Matías Pastor García, D. Adolfo Rascón García y D. Andrés Navarro Palomares.

SUCESOS

A las diez de la mañana de ayer se cometió un robo de varias alhajas de plata en el hotel que posee en la calle del Títor D. Santos de la Hoz, ignorándose quien sea el autor.

A las dos y cuarto de la tarde de ayer fué detenido un sujeto por haber robado a un niño de doce años un saco de ropa.

Ayer, a las cuatro de la tarde, se produjo un ligero incendio en la calle de las Industrias, núm. 36, cuarto principal, que fué sofocado sin consecuencias.

A las cinco de la tarde ocurrió un desmoronamiento de la fachada del segundo, núm. 30, del Paseo de Embajadores, produciendo la rotura de varios muebles, sin que afortunadamente haya que lamentar desgracias personales.

Ayer mañana fué atropellado por un coche de punto, en la calle de la Palma, José, Vicente Escobar, de treinta y tres años, recibiendo una herida en el brazo derecho, que fué curada en la Casa de Socorro del distrito de la Universidad.

Antonio Álvarez Sánchez, que guiaba el referido coche, fué detenido.

Ayer tarde, a las doce, se ha presentado en la inspección del distrito de la Universidad, Sabirio Porras, encargado del almacén de maduros propiedad de los Sres. Arana, situado frente a la estación de las Puigas, dando cuenta de haber sido estafado, en cuatro carnes de maderas, ó sean 112 tabloncillos, en los días 12 y 13 del actual, por un individuo llamado Francisco Moreno, el cual las vendió luego a D. José García, carpintero, establecido en la calle de Fernández de los Ríos, en 1.025 pesetas.

Al sacarle el primero del referido almacén, las ajustó en 1.500 pesetas, que no ha abonado, por supuesto.

Ayer fué conducido a la Cárcel-Modelo a cumplir quince días de arresto, por blasfemia en alta voz en la vía pública, Salvador Ruiz (a) Zapallita, de veinte años de edad.

A cumplir la misma pena ha ido a la cárcel de mujeres Francisca Crespo (a) La Paca, conocida tomadora.

APERTURA DE LOS TRIBUNALES

Con la solemnidad acostumbrada en tales actos, se celebró ayer la apertura de los tribunales de justicia, habiendo dado lectura del discurso inaugural el presidente del Tribunal Supremo, excelentísimo Sr. D. Eduardo Alonso Colmenares.

Nada nuevo ofrece el discurso del señor Alonso Colmenares, en lo que el discurso hace relación a la ciencia del derecho.

La primera parte del mismo está consagrada a la determinación práctica acerca de los medios por que se forma el criterio judicial, que debe estar basado en la fiel observancia del formalismo instructivo; medio eficaz que conduce al exacto conocimiento del hecho juzgado y que lleva al juez la plenitud de la luz para dictar el fallo de justicia.

Todas las minuciosidades prescritas en las leyes de procedimientos son consideradas en el discurso como esencialmente inexcusables para el mejor logro del acierto judicial.

«...los jueces y tribunales deben, por tal razón, mostrarse muy acuciosos en la ejecución de cuanto se halle prevenido para el logro de tan faustos fines; de los preceptos ininteligibles ó equivocados deben apoderarse, para promover la fijación de su significado con razonamientos bien expresivos; que provoquen resoluciones en el orden de las instancias creadas, y no existiendo ninguna, por los recursos extraordinarios establecidos ó las consultas a que fuere lícito acudir».

La jurisprudencia, como fuente del derecho y encargada de suplir las omisiones de la ley, consultando la tendencia y espíritu de ésta, se hace derivar, con perfecto sentido jurídico, de las decisiones del Tribunal Supremo, único encargado de crearla.

La bondad de la jurisprudencia, tan encomiada por Montesquieu, se reconoce en el discurso en forma justamente entusiasta, aduciendo en el texto del mismo varios casos prácticos de decisiones del Supremo, que obligan al reconocimiento de aquella bondad.

El último punto tratado en el discurso se refiere a las pruebas y a su apreciación que se considera materia delicadísima, muy especialmente en materia criminal.

«No representa, en verdad, el informe ó dictamen pericial, la solución del punto sometido a la consulta de las personas versadas en la ciencia ó arte a que corresponde. Su opinión, siempre respetable, no puede imponerse a los jueces ni servir más que para ilustrar su criterio».

Otra tendencia, sin embargo, viene observándose en algunos hombres de ciencia, que impelidos, sin duda, por vertiginoso afán de difundir sus doctrinas, dándoles novedad expositiva ó improcedentes aplicaciones, van más allá de las conveniencias sociales y científicas y producen en la opinión pública perturbaciones difíciles de dominar, ya que no hay teoría que se invente ni derivación que se desprenda de un principio aceptado, que no encuentre adeptos y fogosos mantenedores».

Los últimos párrafos del discurso son una enérgica condenación de las modernas escuelas antropológicas, que negando al hombre el libre albedrío, tan heroicamente defendido por San Agustín, van derechamente a la destrucción de todos los fundamentos sociales, con buscar la extensión de toda responsabilidad criminal para todos los culpables, que no son otra cosa, a los ojos de aquéllos, que desgraciados, sin voluntad para obrar en uno u otro sentido y que van a la comisión del crimen impelidos por un resorte secreto é incontestable.

De la estadística leída después del discurso del Sr. Alonso Colmenares, resulta que durante el año anterior se han despachado los asuntos siguientes:

Por el Tribunal Supremo: 718 civiles, 2.200 recursos despachados en materia criminal, 163 negocios criminales, 263 asuntos consultivos y gubernativos, 134 procedentes de Ultramar; formando todo un total de 3.478.

Los trabajos judiciales terminados en los juzgados municipales, correspondien-

tes a cada Audiencia territorial, ascienden a 301.191, correspondiendo a la de Madrid 45.522, cifra que figura en primer término, y 4.406 a la de Palma, que aparece en último lugar.

Han terminado los juzgados de primera instancia 218.159 asuntos, siendo Barcelona la que ha entendido en más (28.951), y las Palmas la que ofrece menor número (1.748).

Las Audiencias territoriales han entendido en 3.822 negocios civiles, de éstos pertenecientes 748 a la de Madrid y 72 a la de Pamplona; ascienden a 20.692 las causas criminales falladas, 4.899 por la Audiencia de Madrid, y 335 por la de Pamplona.

Negocios gubernativos se han despachado 40.988.

Trabajos judiciales terminados en el territorio de las Audiencias, 584.852.

En las de criminal, 8.806.

Formando el resumen general, resulta que los asuntos civiles y criminales en que han entendido los tribunales de la Península e islas adyacentes, son los que se citan por el siguiente orden:

Tribunal Supremo: negocios civiles, 828; negocios criminales, 2.368; expedientes consultivos y gubernativos, 282. Total, 3.478.

Audiencias territoriales: negocios civiles, 3.822; negocios criminales, 20.692; expedientes consultivos y gubernativos, 40.988. Total, 65.502.

Audiencias de lo criminal: negocios criminales, 42.351; expedientes consultivos y gubernativos, 4.310. Total, 46.661.

Juzgados de primera instancia: negocios civiles, 60.978; negocios criminales, 22.007; asuntos indeterminados, 135.174. Total, 218.159.

Juzgados municipales: negocios civiles, 171.505; negocios criminales, 76.250; asuntos indeterminados, 53.436. Total, 301.191.

Totales: negocios civiles, 237.133; negocios criminales, 163.663; asuntos indeterminados, 188.610; expedientes consultivos y gubernativos, 45.580. Total general, 634.991.

El acto, que dió principio a las doce, terminó a la una y media.

Presidió el Sr. Alonso Colmenares, que tenía a su derecha é izquierda a los magistrados Sres. Benito y Avila, Boada y Bustamante, y al fiscal del Tribunal Supremo, Sr. Colmeiro.

Declarado abierto el año judicial de 1887 a 88, fué servido a los asistentes en la presidencia un lunch.

Entre los magistrados y personas que formaban las comisiones, se hallaban los Sres. Sitella (D. Manuel), como decano del Colegio de Abogados, Melchor, Autrán, Cavedra, Martín Vena, Gonzalo de las Casas, Muñoz y Rivero, Alfaro, Dauderis, Muñoz y Serrano, Prida, Hernández, Díaz Cobeña y otros muchos.

LA BOLSA

Los fondos sostenidos en los cambios últimos, pero se nota poca firmeza en la contratación.

Las negociaciones, a pesar del mayor concurso a las reuniones de Bolsa, no tienen incremento.

El 4 por 100 interior al contado, se ha cotizado en partida a 66.55 y 60.

A fin de mes en voluntad, entre 66.65 y 50, terminando a 66.55 y a 66.85 con prima de 25 céntimos.

A fin del próximo a 66.70 y 75.

El 4 por 100 exterior a 68.45 y 40.

La Deuda amortizable al 4 por 100 a 89.85 y 80.

Los billetes de Cuba de 1890 a 101 por 100.

Los billetes de Cuba de 1886 a 96.75 y 70.

Las acciones del Banco de España a 414 por 100, único cambio.

Movidas las acciones de la Compañía arrendataria de tabacos, oscilando su cambio entre 116 y 114.50 por 100, que es como quedan en última operación oficial.

BOLSA

A las cinco.—4 por 100 interior contado, 66.65; fin de mes, 66.60.

Barcelona.—Interior, 66.60; exterior, 68.20.

BOLSAS EXTRANJERAS

DE PARÍS

(Telegrama del Sr. T. Benard, recibido el día 15 Septiembre a las tres y veinticinco de la tarde.)

4 por 100 interior 67.62 Rio-tinto..... 215.00

4 por 100 francés 81.97 P. c. Portugal..... 635.00

5 por 100 italiano 98.20 P. c. austríaco..... 600.00

6. Otomano..... 491.00 Cubano 1886..... 476.25

4 por 100 turco. 13.90 3 por 100 ptgués. 57.71

Egiptias..... 878.75 B. Hipotecario. 606.00

Panamá..... 858.75 Alicante..... 282.50

N. de España..... 845.00

París 15.—Apertura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 67.68.

Después, 67.62, 67.56.

Londres 15.—Apertura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 67.12.

Después, 67.06, 66.94.

París 15.—Bolsa: fondos franceses: 3 por 100, 81.95; 4 1/2 por 100, 108.72 1/2.

Fondos españoles: 4 por 100 exterior, 67.70.

Obligaciones de Cuba, 478.25.

Consolidados ingleses, 101 7/16.

Última hora: 4 por 100 exterior español, 67.58.

Londres 15.—Clausura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 67.00.

ENTRE BASTIDORES

Satisfecha pueda estar la empresa del teatro Real ante las pruebas que ayer le dió el público, que desde las primeras horas de la mañana acudió a la contaduría para renovar sus abonos y reclamar otros nuevos. Además, la empresa está recibiendo cartas y telegramas del extranjero de las familias más distinguidas de la corte que están veraneando, pidiendo se les reserven sus abonos.

El éxito que ha tenido la compañía que va a actuar en el teatro Real es grande y todo permite esperar una brillante campaña.

Hoy a las mismas horas, ó sea de doce a cuatro de la tarde, y hasta el día 22, están destinados para la renovación de abonos.

Ayer, según nuestras noticias, ascendió lo recaudado por abono, a doble cantidad que lo obtenido el primer día en la temporada anterior.

Después de El sí de las niñas se representará en el teatro de la Comedia Marcela ó cuñada de las heras, de Bretón de los Herreros, cuyos ensayos han dado ya principio.

Mañana se verificará la función inaugural de la temporada en el teatro de Apolo.

Las obras que se pondrán en escena han sido elegidas por la empresa de aquel coliseo para poder presentar al público aquella noche la mayor parte de los actores que componen tan numerosa compañía.

La zarzuela en un acto *Bejar de novias* será desempeñada por el Sr. Castilla. En *Coro de señoras* se presentará la reputada tiple D.ª Carmen Pérez y el popular Rosell. Se representará después la zarzuela *Un cuento de Boccaccio*, para la presentación de la aplaudida tiple D.ª Cecilia Delgado, terminando esta sección con un divertido entretenimiento, dirigido por el señor Rosell, titulado *Las sombras*.

La Sra. Hijaes dirá luego el bonito monólogo *Día completo*, escrito expresamente para tan notable y aplaudida actriz por don Eusebio Blasco. A continuación, ejecutarán los Sres. Rosell y Castilla, acompañados de la Sra. Hijaes, la graciosa ópera *Arturo de Fuenarrada*, con la que terminará tan variada función, que demuestra la actividad de la empresa, que indudablemente presentará en la temporada que el sábado se inaugura, un espectáculo tan escogido como ameno.

En el mismo teatro se ha comenzado a ensayar un juguete cómico en un acto, titulado *La generala*.

También sabemos que nuestro compañero en la prensa; *Sobiquillo*, está escribiendo una revista en varios cuadros del género que con tanta aceptación del público cultiva, y que con música de uno de los más reputados maestros, se representará esta temporada en el teatro de Apolo.

El domingo próximo se verificará en el teatro Felipe las últimas funciones de la temporada.

Han rescindido su contrato, de común acuerdo con la empresa del teatro de Variedades, la primera tiple D.ª Isabel Llorens y el primer barítono D. Manuel Ogladi.

ESPECTÁCULOS PARA HOY

Lara.—3 1/2.—T. 1.ª par.—El padrón municipal.—Segundo acto de la misma.—Golondrina.—Pepa la frescachona ó el colegio desventurado.

Felipe.—3 1/2.—Efectos de la gran vía.—La moza del cura.—La gran vía.—Efectos de la gran vía.

Belva.—3 1/2.—La Calandria.—Filippo.

Partes y Coros.—Don dinero.

Maravillas.—3 1/2.—A la chita callando.

Caer en la trampa.—Pepa la frescachona ó el colegio desventurado.—Los valientes.

Circo Hipódromo.—(Junto al Dos de Mayo).—8 3/4.—Repeticón del extraordinariamente aplaudido programa de ayer con charvari, batida y corrida de toros.

Circo de Fric.—9.—Función.

MADRID

IMPRESA DE ALFONSO ALONSO

